

Una posibilidad como tantas otras

La joven Delfina apuntilló su novela con la frase final y cerró el manuscrito, no sin antes soplar levemente sobre la última de las páginas escritas, secando el nudo de tinta rugoso con el que había concluido la escritura de su novela. Esa que le había llevado más de dos años escribir, haciéndolo a espaldas, no ya de sus mayores, incluso de don Remigio, su profesor de escritura y lectura. Mediado el siglo XVI, que una mujer, además joven como era ella, supiera leer, era digno de distinción entre el resto de casas de bien. Sin embargo, el hecho de que escribiera, dependiendo qué tendencias, podía ser considerado como aventurado por depende qué apellidos; y la prioridad absoluta de su padre era acordar un casamiento con otra casa, que perpetuara el abolengo, ya rancio y en decadencia, de su apellido. Una estirpe que durante años había basado su bonanza en la madera, pero a los que la tendencia actual, orientada a la majestuosidad de la piedra para los nobles y al adobe y la paja de los más humildes, había dejado en una posición mucho más delicada. El casar bien, no solo a Delfina, sino a sus hijas menores, Cristina y Teresa, resultaba fundamental para conservar la posición social y todas sus ventajas. Las clases para que sus hijas supieran escribir y contar más allá de lo que les alcanzaban los dedos, no era sino una inversión. Una que pensaban recuperar con creces si las casaban en condiciones, y Delfina debía ser, por edad, pues ya había cumplido los dieciséis, la primera en inclinar la cabeza ante el altar.

Sabía Delfina que su padre ni respetaría ni aceptaría de buen grado que ella quisiera publicar una novela. ¡Válgame Dios! ¡Una mujer escritora! Adónde íbamos a llegar; su respuesta era tan sencilla de imaginar, que casi podía escuchar los exabruptos en su

imaginación y ver las mejillas encendidas hasta la ira de su progenitor. No, si alguien comprendería sus inquietudes y respetaría su decisión, esa era su madre, y a ella fue a quien le entregó el manuscrito.

Dos días después, juntas en la mesa, mientras su padre realizaba labores de acarreo, acercando a la serrería una remesa de chopos que curiosamente había comprado a Román, terrateniente con dos hijos casaderos, su madre la miraba de hito en hito con las dos manos sobre el manuscrito.

—¿Y bien? —preguntó la joven Delfina.

—Una maravilla —respondió, con seguridad—. Pero igual de cierto es que se trata de una obra peligrosa. Que si ya lo sería habiéndose escrito por un hombre, imagínate por una poco más que niña —añadió, con el relumbre de la alarma titilando en sus pupilas.

—No conozco un libro que haya asestado una puñalada ni cargado un arcabuz —rebatía la joven—. ¿Me ayudarás a tratar con el impresor para que sea publicado? Tú misma lo has dicho y eres una excelente lectora. Es muy buena obra.

—Una de las mejores que haya leído nunca, cierto —admitió su madre, con tanta ilusión como temor.

—Es mi deseo, quiero intentarlo, sé que valgo para ello, he nacido para escribir —enumeró Delfina con lágrimas que se negaba a derramar abarquillándole los párpados—. Soy consciente de cuál es mi futuro —añadió, con pesadumbre, arrastrando las lágrimas con la manga de su blusa—, y que acabaré casada y preñada por algunos de los mastuerzos con los que padre hace negocios que van más allá de lo que atañe a la serrería. Pero, si tan solo tengo la oportunidad de publicar una sola obra, que sea esta. Porque sé, tú también lo sabes y cualquiera que llegue a leerla lo comprenderá, que esta novela ha sido engendrada para ser leída y admirada.

Aquella determinación, no solo por venir de su hija, sino de una mujer de tan corta edad, terminó por desmembrar los temores de su madre, que asintió con un ademán de cabeza tan lento y pesado, que Delfina tuvo la impresión de que sus palabras habían posado un yugo de plomo sobre los hombros de su madre.

—Con una bolsa de por medio seguro que Remigio, el impresor, publica un buen número de ejemplares, para que puedan distribuirse y que la novela llegue a alguien que se anime a hacer una tirada mayor. Imagínate —fantaseó su madre—, mi hija convertida en escritora. Toda una pionera de las letras.

Delfina rodeó la mesa, tiró de la mano de su madre y cuando ésta se levantó, ambas se fundieron en un abrazo, en el que una agradecía el apoyo de la otra, y la otra agradecía la valentía de la una. Ese tipo de arrojo que trascendía de lo cotidiano, del doblar el cuello ante la misoginia de la época y sacaba un pie del margen al que estaba ceñida la labor de la mujer.

—No, no y no. Esa es mi respuesta. No quiero acabar colgado de una pica por la Santa Inquisición. Ahí es donde acabaría si accedo a vuestras pretensiones. Y vosotras, también.

Remigio las señalaba con el índice que llevaba siempre renegrido por la tinta, mientras plisaba el ceño por encima de unas cejas sobrepobladas y albas, que ensombrecían unos ojos pequeños y negros, como de ratón desconfiado. Había bastado una lectura somera de la obra para que les negara la posibilidad de publicar la obra de Delfina.

—¿Sabe tu padre que has venido aquí con tu madre? Y lo que es más importante, ¿sabe que eres la autora de esta herejía? —preguntó, abriendo las manos a los lados.

La madre de Delfina, ajena a las palabras del impresor, sacó una pequeña faltriquera del dobladillo de la falda y la depositó sobre la mesa, donde se repartían tipos metálicos de mayúsculas y algún papel amarillo entintado. Los ojos del impresor siguieron con codicia el tintineo de las monedas y la madre de Delfina supo leer la avidez de Remigio en su mirada.

—Ahí hay dinero suficiente como para cien, quizá ciento cincuenta ejemplares de la obra de mi hija. Puedes hacer negocio con ellos, no nos importa. Además de ese dinero, luego puedes mercadearlos y ganarte un dinero extra —apostilló la madre—. Nosotras, lo único que queremos es que la obra se dé a conocer —concluyó.

Remigio dudó.

Aquella obra, sin duda, tenía una calidad excelente, mucho mayor que la bazofia costumbrista o teológica que acostumbraba a publicar. Pero igual de cierto era que se trataba de una obra comprometida y, más aún, si la firmaba una mujer, como ellas pretendían. No solo les podía costar el cuello a ellas; la Inquisición, ese hatajo de sádicos insaciables e irreductibles, posiblemente prendieran fuego a su imprenta con él dentro, en el momento que supieran que había publicado una obra que se burlaba de todos los

estamentos, de la nobleza al clero. Solo el tintineo de las monedas sobre la mesa fueron música para avivar su ingenio.

—Cabe una posibilidad para que sea publicada —barruntó, entrecerrando un ojo, mientras apuntaba hacia el techo con el mismo índice bruno con el que, tan solo unos minutos atrás, las había señalado amenazante a ellas.

—Habla —le rogó Delfina.

—Que no firmes la obra o, si quieres, como mucho, que lo hagas con un nombre de varón.

—¡Jamás pondré un nombre de varón en mi novela! —exclamó indignada Delfina.

—Es lo que hay.

—Te pagamos bien —apostilló la madre.

—De poco le sirven los cuartos a un cadáver —rebató *ipso facto*.

Delfina asintió con la cabeza.

—Accedo a que se publique sin nombre, de forma anónima —asumió la joven, mordiendo el labio inferior con tanta fuerza que un hilo de sangre brillante resbaló por su piel hasta la barbilla.

—¿Estás segura? —le preguntó su madre.

—Solo quiero que se publique —dijo, mientras giraba sobre sus pies y caminaba hacia la salida del estudio del impresor—. Prométame, Remigio, que la imprimirá y repartirá esas copias. Puede que nadie sepa nunca que yo soy la autora, pero mi legado tal vez, con suerte, prevalezca.

—Tienen mi palabra. Las llevaré lejos de aquí, eso sí, no quiero que se me relacione con esta obra a mí tampoco. Me da miedo —confesó, cogiendo el manuscrito que había dejado sobre la mesa.

Madre e hija salieron, saboreando esa mezcla de hiel y miel, cuando se logra algo solo a medias, cuando la victoria está condicionada a que los laureles ardan en la hoguera del desconocimiento.

En el interior de la imprenta, Remigio abrió la primera de las páginas y leyó el título de la novela que imprimiría de forma anónima; «El lazarillo de Tormes y de sus fortunas y adversidades». Un título ciertamente largo, pero lo dejaría así. A fin de cuentas, aquella obra tenía autora y así lo había decidido, aunque el mundo nunca llegaría a saberlo.